



**Edited by**

*Institute for Social, Political and Legal Studies*  
(Valencia, Spain)

**Editorial Board**

Aniceto Masferrer, University of Valencia, Chief Editor  
Juan A. Obarrio Moreno, University of Valencia, Assistant Chief Editor  
Isabel Ramos Vázquez, University of Jaén, Secretary  
José Franco Chasán, University of Valencia, Website Editor  
Anna Aitslin, Australian National University – University of Canberra  
Juan B. Cañizares, University San Pablo – Cardenal Herrera CEU  
Matthew Mirow, Florida International University  
Andrew Simpson, University of Aberdeen

**International Advisory Board**

Javier Alvarado Planas, UNED; Juan Baró Pazos, Universidad of Cantabria; Mary Sarah Bilder, Boston College; Orazio Condorelli, University of Catania; Emanuele Conte, University of Rome III; Daniel R. Coquillette, Boston College – Harvard University; Serge Dauchy, University of Lille; Salustiano de Dios, University of Salamanca; Wim Decock, *Max-Planck Institute for European Legal History*; Seán Patrick Donlan, University of Limerick; Matthew Dyson, University of Cambridge; Antonio Fernández de Buján, University Autónoma de Madrid; Remedios Ferrero, University of Valencia; Manuel Gutan, Lucian Blaga University of Sibiu; Jan Hallebeek, VU University Amsterdam; Dirk Heirbaut, Ghent University; Richard Helmholz, University of Chicago; David Ibbetson, University of Cambridge; Emily Kadens, University of Texas at Austin; Mia Korpiola, University of Helsinki; Pia Letto-Vanamo, University of Helsinki; David Lieberman, University of California at Berkeley; Marju Luts-Sootak, University of Tartu; Dag Michaelsen, University of Oslo; Emma Montanos Ferrín, University of La Coruña; Olivier Moréteau, Louisiana State University; John Finlay, University of Glasgow; Kjell Å Modéer, Lund University; Anthony Musson, University of Exeter; Vernon V. Palmer, Tulane University; Agustin Parise, Maastricht University; Heikki Pihlajamäki, University of Helsinki; Jacques du Plessis, Stellenbosch University; Merike Ristikivi, University of Tartu; Remco van Rhee, Maastricht University; Luis Rodríguez Ennes, University of Vigo; Jonathan Rose, Arizona State University; Carlos Sánchez-Moreno Ellar, University of Valencia; Mortimer N.S. Sellers, University of Baltimore; Jørn Øyrehagen Sunde, University of Bergen; Ditlev Tamm, University of Copenhagen; José María Vallejo García-Hevia, University of Castilla-La Mancha; Norbert Varga, University of Szeged; Tammo Wallinga, University of Rotterdam

**Citation**

Javier Alvarado Planas, “Saberes translaticios: la leyenda de las dos columnas prediluviales”, *GLOSSAE. European Journal of Legal History* 10 (2013), pp. 48-69 (available at <http://www.glossae.eu>)

## SABERES TRANSLATICIOS: LA LEYENDA DE LAS DOS COLUMNAS PREDILUVIALES

### TRANSLATICIAN KNOWLEDGES: THE LEGEND OF THE TWO PREDILUVIAN COLUMNS

Javier Alvarado Planas  
Universidad Nacional de Educación a Distancia (Madrid)

#### Resumen

Se analizan ciertos textos antiguos, medievales y modernos que explican cómo las enseñanzas reveladas por Dios a Adán y luego transmitidas a sus sucesores, fueron fijadas por escrito en dos columnas que habrían de conservarse tras un anunciado diluvio o catástrofe universal. Se explica la evolución del tema de las columnas prediluviales aclarando de dónde procede este tema, cómo se ha transmitido y reelaborado desde la antigüedad hasta los tiempos modernos pasando por la Edad Media, originando diversas concepciones sobre la transmisión de la ciencia (*translatio scientiae*), la legitimidad política (*translatio imperii*), cómo ha sido interpretado y utilizado con fines legitimadores de una determinada cultura, sociedad o grupo, y qué otras interpretaciones cabe dar a este singular episodio.

#### Abstract

This paper analyses texts from antiquity, the middle ages and the early modern age to explain how the truths which were revealed by God to Adam and then passed on to his successors were put into written form on two columns that would be saved from the announced, universal flood or catastrophe. It also describes the development of the idea of these columns, clarifying the origin of this theory, how it was transmitted and re-elaborated from antiquity to the early modern age. The paper addresses the origination of a variety of concepts concerning the transmission of knowledge (*translatio scientiae*), the nature of political legitimacy (*translatio imperii*), and how these have been diversely interpreted and used in different cultures, societies, and groups.

#### Palabras clave

Saberes translaticios, Artes liberales, columnas prediluviales, *translatio studii*, *translatio imperii*, *translatio scientiae*, Geometría, Arte Real, revelación, derecho natural

#### Keywords

'Translatician' knowledges, liberal arts, prediluvian columns, *translatio studii*, *translatio imperii*, *translatio scientiae*, geometry, royal art, revelation, natural law

**Sumario:** 1. Introducción. 2. El exilio del saber: la *translatio scientiae*. 3. La *translatio imperii*. 4. Las inscripciones columnarias y las siete Artes liberales. 5. La recepción de los temas legendarios en la tradición masónica. 6. En torno al simbolismo de las dos columnas de la ciencia

## 1. Introducción

Según ciertos textos antiguos y medievales, las enseñanzas reveladas por Dios a Adán y luego transmitidas a sus sucesores, fueron fijadas por escrito en dos columnas que habrían de conservarse tras un anunciado diluvio o catástrofe universal. El tema legendario de las dos columnas prediluviales tendrá un rico recorrido a lo largo de la historia, inspirando a numerosos autores y obras algunas de las cuales vamos a tratar en estas páginas. En efecto, a lo largo de este estudio trataremos de aclarar de dónde procede este tema tan singular, cómo se ha transmitido y reelaborado desde la antigüedad hasta los tiempos modernos pasando por la Edad Media, cómo ha sido interpretado y utilizado con fines legitimadores de una determinada cultura, sociedad o grupo y qué otras interpretaciones cabe dar a este singular episodio.

En torno al año 93, el judío Flavio Josefo escribió una obra que planteaba una historia nacional como alternativa a la historia greco-romana dominante expuesta en las *Antigüedades romanas* de Dionisio de Halicarnaso (que, a su vez, pretendían emular a las *Antigüedades babilónicas* de Beroso). En sus *Antigüedades judías*, Josefo relata la historia del pueblo judío desde la creación del mundo hasta el año duodécimo del reinado de Nerón (66 d. C.) proponiendo la recuperación del camino de la justicia y religiosidad del pueblo judío que permanecía postrado a causa de la crisis moral y política. Pero además, en las *Antigüedades judías*<sup>1</sup> aparece por primera una referencia al mito de las dos columnas antediluviales.

En concreto, Josefo expone que el tercer hijo de Adán y Eva, Seth, “se hizo él la más excelente persona y dejó descendientes que seguían sus mismos pasos. Y, siendo todos ellos de buena condición, habitaron tranquilos y felices las mismas tierras, sin que hasta el momento de la muerte les aconteciera nada desagradable e inventaron la ciencia relativa a los cuerpos celestes y a su regulación. Y con el fin de que no escaparan a los hombres estos descubrimientos ni se perdieran antes de ser conocidos, al advertirles Adán que tendría lugar la desaparición de todo rastro de vida, en un caso por efecto del fuego y en otro por la fuerza y abundancia de agua, levantaron dos columnas, una de adobe y otra de piedra, y en ambas escribieron los descubrimientos, para que, incluso desaparecida la de adobe por el diluvio, permaneciera la de piedra y permitiera a los hombres conocer el texto de la inscripción, además de señalar que habían erigido también otra columna de adobe. Y permanece hasta el día de hoy en la región de Siris”<sup>2</sup>. Retengamos tres de las ideas de Josefo; la existencia prediluvial de dos columnas del saber, la destrucción cíclica por agua o fuego y la traslación del saber, particularmente circunscrito a la astronomía.

En coherencia con el relato bíblico, Flavio Josefo considera la descendencia de Caín como maligna y pone cierto énfasis en destacar o fabular sus caracteres más negativos. De hecho, menciona que el cainita Tubalcaín, además de ser el primer herrero, fue el inventor del arte de la guerra (*res bellicas decenter exercuit*) y de los placeres del cuerpo (*quae ad libidinem attinent corporis enutrivit*), lo cual, por otra parte, no aparece en la Biblia. ¿A qué obedece esta manipulación del relato bíblico? En efecto, al minusvalorar la descendencia de Caín, pretendía realzar la descendencia de Seth, atribuyéndole la rectitud moral y la invención de las ciencias. Por eso fueron los sethitas y no los cainitas los que grabaron las estelas de piedra y ladrillo –“*columnas ex lateribus ex lapidibus*”– advertidos por Adán sobre un futuro cataclismo por agua o fuego.

Siguiendo el relato bíblico, Josefo explica que el Diluvio sobrevino cuando los hombres estaban “poderosamente dominados por el placer de los vicios”. Pero además

---

<sup>1</sup> Flavio Josefo, *Antigüedades Judías*, Edición de Vara Donado, José, Madrid, 1970. La existencia de unas columnas que señalan el límite del mundo ordenado y conocido más allá del cual solo está el caos, era creencia común en la antigüedad, especialmente entre los marinos. De ello dan testimonio filósofos griegos como Platón (Timeo y Critias) y Aristóteles al referirse a las columnas de Briareo o Heracles. Desde este punto de vista liminal, las columnas de Heracles tienen relación con las columnas prediluviales que menciona Josefo. No obstante, la mención que Diodoro de Sicilia (año 36 a. C.) hace en su *Biblioteca Histórica* (5, 46,7 y 6,1,7) a columnas o estelas con inscripciones doradas en templos antiguos, no parecen ser el antecedente del relato de Josefo.

<sup>2</sup> Josefo, *Antigüedades judías* I, 67; los manuscritos latinos traducen Seiris por Siria o Asiria. También podría designar un lugar del Alto Egipto, tal vez el bíblico país de Seir (Gén. 14,6; Deut. 2,12). Vid. Reinink, G. J., “Das Land Seiris (Sir) und das Volk der Serer in jüdischen und christlichen Traditionen”, *Journal for the Study of Judaism* 6 (1975), pp. 72-85.

añade, como se ha dicho, otra idea muy difundida en el pensamiento oriental y grecolatino de la época; la de las catástrofes cíclicas. Trasladada la idea al relato bíblico, Josefo relata cómo tiempo después, la soberbia actitud de la humanidad y del rey Nemrod llevó a “enfrentarse a Dios si quería volver a inundar la tierra, puesto que, según decía a sus gentes, edificaría una torre más alta de lo que pudieran subir las aguas” (I, 113). Tras el relato de Babel, Josefo, continuando con su particular visión del Génesis, explica que Abraham, “al levantarse contra él los demás habitantes de Mesopotamia, decidió emigrar, y, por voluntad y ayuda de Dios, ocupó la tierra de Canán” y de cómo “al apoderarse el hambre de Canán, Abraham, enterado de que a los egipcios les iban las cosas bien, anhelaba emigrar junto a ellos” (I, 154).

Finalmente, Josefo introduce un tercer tema común de la época; *la translatio studii* o *scientiae*, es decir, la idea de que el conocimiento ha ido pasando de un pueblo a otro. Así, una vez en Egipto, Abraham, “los obsequió con la aritmética y les transmitió la ciencia de la astronomía. Y es que antes de la llegada de Abraham los egipcios carecían de estos conocimientos, ya que de los caldeos pasaron a Egipto, de donde llegaron a su vez a los griegos” (I, 166). En suma, los conocimientos revelados por Dios a Adán y a Eva, y transmitidos por éstos a sus descendientes, sobrevivieron al diluvio al ser conservados en dos columnas que sirvieron a los descendientes de Noé. De estos, pasó a los caldeos y a Abraham, quien los transmitió a los egipcios, éstos a los griegos de quienes, se supone, pasaron a los romanos.

Ante este relato, la pregunta lógica es ésta: ¿por qué razón no podía introducirse en el Arca ese conocimiento? ¿Cómo es posible que Noé y su familia no fueran portadores de tales saberes? Aparentemente, la idea implícita en este tema legendario radica en que mientras que el Arca de Noé garantizaba la supervivencia biológica (hombres y animales), las columnas permitían asegurar la supervivencia del conocimiento.

Sin embargo, para otros autores, el asunto tenía otros registros. Era el caso de Juan Casiano (365-435) quien, siguiendo la oposición de linajes sethitas-cainitas presentada por Josefo, al mencionar a los Ángeles caídos, identifica el linaje de Seth con los “hijos de Dios” (Gén. 6,2) poseedores de la sabiduría y de toda clase de virtudes, en oposición al linaje de Caín o de las “hijas de los hombres” que pervirtieron el saber y volvieron a la magia y la idolatría “*maleficiorum artes atque praestigias ac magicas superstitiones*” (*Colaciones* 8,17)<sup>3</sup>. Pero, significativamente, prosigue relatando que “Cham, hijo de Noé, había sido iniciado en estas supersticiones y en estas artes sacrílegas y profanas, sabiendo que no podría introducir en el Arca” ningún libro que conservase todas esas ciencias, decidió escribir “tales invenciones abominables en planchas de metal que no pudieran ser destruidas por el agua y sobre piedras muy duras”. Tras el Diluvio, Cham las localizó “y pudo transmitir a la posteridad tal simiente de sacrilegios y de perpetua perversidad” (*Colaciones* 8,21). Por tanto, para Casiano, en el Arca de Noé solo se introdujo el saber virtuoso, mientras que el saber maléfico fue conservado inscrito en planchas de metal y piedras duras, contraviniendo expresamente el mandato de Dios de conservar solo lo que El había establecido. Quedaba así esbozado el argumento de los dos linajes: el sethita o virtuoso, cuyos saberes se introdujeron en el Arca por Noé y su familia, y el de los perversos cainitas, cuyos malignos conocimientos se transmitieron una vez inscritos en metal y piedra.

---

<sup>3</sup> San Juan Casiano, *Colaciones*, traducción de Sansegundo, L. y P., Madrid, 1962.

Esta y otras versiones del tema mantienen que los soportes no fueron necesariamente columnas sino también estelas o, incluso, libros. En el *Hénoch eslavo*<sup>4</sup>, Dios revela a Henoch que había mandado a sus ángeles conservar los conocimientos de sus antecesores (Adán y Seth) para que sobrevivieran al diluvio. Y en *Pisthis Sophia* 3, 134 (siglo IV), Dios manda escribir a Henoch unos libros destinados a sobrevivir tras el diluvio protegidos en el monte Ararat. El monje Jorge Syncellus (fallecido en 811), en su *Ecloga Chronographica* (1,72-73)<sup>5</sup>, cita una carta del pseudos-Manethón, según la cual el primer Thot, inventor de la escritura, grabó sobre unas estelas todo el conocimiento utilizando un lenguaje sagrado. Tras el diluvio tales estelas habían sido custodiadas por su nieto, el segundo Hermes, hijo de Agatodemon hasta que fueron depositadas en los templos egipcios.

Posiblemente, estos temas míticos o históricos recuperados por Josefo hubieran pasado desapercibidos para la cultura europea si no fuera por la extraordinaria difusión que alcanzó su *Antigüedades Judías* al ser traducida al latín en el siglo VI en el *scriptorium* de Cassiodoro<sup>6</sup>. Así, por ejemplo, en el año 615, el tema de las columnas prediluviales que conservaban el saber es recogido por San Isidoro en *Chronica Maiora* (16) que cita expresamente<sup>7</sup> a Flavio Josefo. También en el libro *Cyranides*<sup>8</sup> se afirma que el conocimiento pudo ser conservado al haber sido grabado en una estela o columna de hierro. Un texto hebreo perdido del siglo IV, *Vita Adae et Evae*, del que conservamos una copia en versión latina del siglo XI, contiene los temas fundamentales: la necesidad de conservar el conocimiento en soportes de arcilla o piedra; tales saberes son grabados por Seth; el cataclismo es consecuencia del juicio de Dios; hay una secuencia cíclica del cataclismo por agua o fuego. Así, tras la muerte de Adán, Eva avisó a sus hijos que “debéis hacer unas tablas de piedra y otras de arcilla para inscribir en ellas mi vida y la de vuestro padre” de modo que “si nuestra raza es juzgada por el agua, aunque las tablas de tierra se disuelvan, sobrevivan las de piedra”<sup>9</sup>, pero si el juicio es por fuego y son las tablas de piedra las que se destruyan, entonces se conserven las de arcilla.

¿De dónde procede el tema del cataclismo cíclico recogido por Flavio Josefo o Cassiano? Ciertamente, es un motivo mítico y literario que aparece en los antiguos textos de la India y también entre los griegos como Hesiodo (el mito de las edades y de las razas humanas de su *Teogonía*) o Platón (*Timeo* 22 c), entre otros, y que también era común en la cultura greco-egipcia en general y hermética en particular (Asclepio 26) y, por supuesto, entre escritores romanos como Ovidio: “Estaba en el destino la llegada de un tiempo en que el mar, en que la tierra y la ciudadela del cielo se abrasarían entre llamas y... otro castigo, enviar nubarrones desde todas partes de cielo y hacer desaparecer al género humano bajo las aguas” (*Metamorfosis* 1,253-261).

Por supuesto que dicho argumento era sobradamente conocido en los ambientes judíos tal y como lo demuestra el hecho de que Filón de Alejandría, aludiendo al diluvio y a la destrucción de Sodoma, afirme que “las grandes destrucciones de lo que está sobre la

<sup>4</sup> Hénoch slave 33,8, en *La Bible. Ecrits intertestamentaires*, trad. de Vaillant, A., Paris, 1987, p. 1193.

<sup>5</sup> Editada por Mosshammer, A., Leipzig, 1984, p. 41.

<sup>6</sup> Un documentado estudio sobre la difusión de los manuscritos de Josefo puede consultarse en Deutsch, Guy N., *Iconographie de l'illustration de Flavius Josèphe au temps de Jean Fouquet*, Leiden, 1986, pp. 7-29.

<sup>7</sup> Editada por Mommsen, Th., en MGH, *Auct. Ant.*, tomo XI, Berlín, 1894, p. 428.

<sup>8</sup> El manuscrito griego fue traducido al latín en 1169 en Constantinopla; vid. Delatte, L., *Textes latins et vieux français relatifs aux Cyranides*, Liège, 1992, pp. 13-17.

<sup>9</sup> Mozley, J. H., “The Vita Adae”, *Journal of Theological Studies* 30 (1928-1929), pp. 144-145.

tierra, fueron producidas por el agua y por el fuego” (*De Abrahamo* 1). Y el apóstol Pedro asume tal creencia al afirmar que “el mundo de entonces pereció anegado en agua, pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio” (II Pedro 3,6-7). Y en parecido sentido, el apóstol Lucas; “Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo de Hombre... vino el diluvio y los destruyó a todos... Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los destruyó a todos. Así será el día en el que se manifieste el Hijo del Hombre” (17,26-30).

## 2. El exilio del saber: la *translatio scientiae*

En sí misma considerada, la idea de que los saberes son translaticios y que se desplazan de un pueblo a otro determinando la hegemonía y el éxito de su civilización, no deja de responder, en buena medida, a las vanidosas aspiraciones de cronistas, filósofos y demás ideólogos y analistas que, en cada época, han pretendido ensalzar la sociedad a la que pertenecían, considerándose privilegiados herederos de un pasado glorioso. En este sentido, Cicerón era uno de los primeros occidentales en utilizar el tema de la *translatio scientiae* o *translatio studii* precisamente para argumentar que los saberes se han desplazado de Grecia a Roma<sup>10</sup>. El mismo Horacio afirmaba que “la Grecia conquistada conquistó a su fiero vencedor e introdujo las artes en el agreste Lacio” (*Epistolae* II,1,156-157).

Pero también podía argumentarse a *sensu contrario*, adoptando un punto de vista religioso y ético, que el hecho de la “traslación” era un exilio consecuencia de la decadencia social y crisis moral de las naciones. Este sentido *providencialista* de la Historia se deja sentir en autores como San Jerónimo, San Ambrosio o Prudencio<sup>11</sup>, cobrando especial relevancia, como es sabido, en San Agustín. Para el de Hipona, las supuestas virtudes de Roma no son sino defectos que los verdaderos cristianos deben evitar si no quieren sucumbir como la Roma terrenal, la *ciuitas terrena*, el reino del mal.

Ahora bien, aunque Josefo había distinguido entre los saberes cainitas (la forja, la música, el telar, la geometría necesaria para la construcción de cabañas, etc.) y los saberes sethitas (Astronomía), a partir de siglo VIII, diversos autores sitúan a Jubal, descendiente de Caín, como pariente de Seth con el fin de omitir su origen maldito y proporcionarle un *status* virtuoso dentro del linaje de Seth. Así, por ejemplo, ya a principios del siglo VIII un irlandés que escribe *Ad Cuimnanum* a modo de glosa del *Donatus maior*<sup>12</sup> atribuye al sethita Jubal la construcción e inscripción de las dos columnas.

La autoría de Jubal como sethita también era opinión común en la corte carolingia. Así, hacia el año 822, Rabano Mauro<sup>13</sup>, al comentar el pasaje de Flavio Josefo que atribuye a Jubal la decisión de construir dos columnas, omite toda referencia a su linaje cainita. Y Remigio de Auxerre<sup>14</sup> no solo sigue en esto a Rabano Mauro, sino que además hace a Jubal el inventor de todas las artes liberales (*liberalium artium repertor*), aunque después, en otra

<sup>10</sup> Cicerón, *De Republica*, entre otros pasajes II, 1 y en II, 19; también en *Tusculanae* I, 1-3; II, 5; III, 10-11 y IV, 1.

<sup>11</sup> Vid. Cilento, V., “Il mito medievale della translatio studii”, *Filologia e letteratura* 12 (1966), pp. 1-15, y Fritz, Jean-Marie, “Translatio studii et déluge. La légende des colonnes de marbre et de brique”, *Cahiers de civilisation médiévale* 47 (2004), pp. 127-151.

<sup>12</sup> *Expositio latinitatis ad Cuimnanum*, ed. Bischoff, B. y Löfstedt, B., Turnhout, 1992, p. 2.

<sup>13</sup> *Commentarium in Genesim* 2,2, en PL 107, c. 508.

<sup>14</sup> *Expositio super Genesim*, ed. Edwards, B.U.N., Turnhout, 1999, pp. 73-74.

obra<sup>15</sup>, hace a Cham el autor material de las inscripciones en las dos columnas. Sin embargo, introduce una idea novedosa al afirmar: “*quibus septem artes liberales tradidit*”. Por primera vez se dice que las columnas contienen las siete artes liberales y no unos saberes particularmente circunscritos a las ciencias de los cuerpos celestes.

El tema de las dos columnas se va complicando poco a poco. Clemente el escocés o irlandés, maestro de gramática en la corte de Carlomagno y de Luis el Piadoso, aclara en su *Ars grammatica*<sup>16</sup> que Henoch fue el inventor de las ciencias, Jubal quien las grabó en dos columnas y Cham quien las recuperó tras el diluvio. A fines de ese siglo, Donatus Ortigraphus, al comentar en su “*Ars grammatica*”<sup>17</sup> el pasaje de Flavio Josefo, opina que fue Henoch y no Jubal el inventor de la escritura y grabador de las dos columnas, aunque será Cham quien descubra la columna salvada del Diluvio. Y en el siglo XII, en el capítulo “*De inundatione et cataclismo*” de la *Historia scholastica* de Pedro Comestor<sup>18</sup>, aunque se cita a Flavio Josefo, se afirma que fue Jubal quien, advertido por la profecía de Adán, grabó los conocimientos en dos columnas para evitar su desaparición tras el cataclismo. Con ello, Comestor se alejaba del texto de Josefo siguiendo el camino consolidado por la intelectualidad franca que atribuye la acción a Jubal.

Sería ocioso citar los numerosos autores que invocan la transmisión de un conocimiento prediluvial que habría pasado desde Adán hasta los franceses, ingleses o españoles: Guiard des Molins, Juan de Antioquia, Chrétien de Troyes, etc. Este último autor añade además a dichos saberes translaticios la idea de una *Translatio Militiae*<sup>19</sup> auspiciada por la Divina Providencia. Uno de los más completos desarrollos del *mitema* se encuentra al comienzo de la *Historia de Duabus Civitatis*<sup>20</sup>, escrita entre los años 1143 y 1157 por el obispo Otton de Freising. Allí se relata el traslado de la ciencia de Oriente a Occidente (*potentiae seu sapientiae ab Oriente ad Occidentem translatio*) desde Babilonia y Egipto a Grecia, luego a Roma y finalmente a Hispania y a la Galia. También Godofredo de Viterbo habla de una *transmeatio sapientiae* que comienza en los caldeos y acaba en los galos y los españoles<sup>21</sup>. Semejantes reflexiones serían utilizadas en el siglo XIII por Vicente de Beauvais en su *Speculum historiae* (23,173) o el *Compendiloquium* de Juan de Galles (10,6).

### 3. La *translatio imperii*

En el siglo VIII el tema de la *translatio studii*, dará cobertura a otro tema: el de la *translatio imperii*<sup>22</sup>. Será utilizado por los consejeros e ideólogos de Carlomagno para

<sup>15</sup> De Auxerre, Remi, “In Donati arte maiorem”, ed. Hagen, H., *Anecdota Helvetica*, Leipzig, 1870, p. 221.

<sup>16</sup> Ed. Tolkien, J., Leipzig, 1928, p. 18.

<sup>17</sup> Ed. Chittenden, J., Turnhout, 1982, p. 9.

<sup>18</sup> Comestor, Pedro, *Historia scholastica, Liber Genesis*, cap. 24, “*De inundatione et cataclismo*” en PL (Migne), tomo 198, c. 1079-1084.

<sup>19</sup> Lo comenta Jongkees, A. G., “*Translatio Studii: les avatars d’un thème médiévale* *Miscellanea Mediaevalia in Memoriam Jan Frederik Niermayer*”, Groningen, 1967, pp. 41-51.

<sup>20</sup> *Otonis episcopi Frisingensis Chronica sive Historia de Duabus Civitatis*, en M.G.H. *Scriptores rerum Germanicarum in usum cholarum separata editi*, ed. Hofmeister, Adolf, 1912, p. 8.

<sup>21</sup> *Gotifredi Viterbiensis Gesta Friderici I. et Heinrici VI. imperatorum metrica scripta*, en M.G.H. *Scriptores rerum Germanicarum in usum cholarum separata editi*, ed. Waitz, Georg, 1978, p. 95.

<sup>22</sup> Sobre esto vid. Curtius, Robert, E., *Literatura Europea y Edad Media Latina*, Madrid, 1955. También Fischer, E., *The Passing of the European Age. A Study of the Transfer of Western Civilization and its Renewal on other Continents*, Cambridge, 1943.

legitimar sus aspiraciones al cetro imperial y a hacer de su monarquía una *renovatio Romanae* mediante la *translatio imperii*<sup>23</sup>. La monarquía franca, Francia, no solo era hija cultural y moral de Roma sino que además, era su heredera política y jurídica. Al hacer coincidir el traslado del conocimiento (*translatio scientiae*) con la transmisión del cetro imperial (*translatio imperio*), los consejeros de Carlomagno pretendían simbolizar que la autoridad moral coincidía geográficamente con el poder temporal. Entre otras consecuencias, ello implicaba que los reinos y reyes europeos situados en territorios del antiguo imperio Romano habían de reconocer la primacía de Carlomagno. Un ejemplo de este programa de rearme cultural, fue la creación de la Academia Palatina por un Alcuino empeñado en hacer de la corte franca una nueva Atenas.

¿De dónde procede la idea de que la hegemonía política se traslada de un pueblo a otro? Flavio Josefo dice que Eleazar tomó de los filósofos hindúes la creencia de que la hegemonía política pasa de un pueblo a otro, lo cual no tiene nada de extraño pues ciertamente, la India no solo acuñó tal idea sino otras de más envergadura, como la sucesión de edades o ciclos de la Humanidad (Kalpas, subdivididos en Yugas), cuyos saberes translaticios irían pasando sucesivamente a través de siete continentes (Dvypas) siguiendo ciertas leyes naturales<sup>24</sup>. Pero esta creencia también estaba arraigada en la cultura judía. En la Biblia está escrito que “la soberanía se traslada de una nación a otra a causa de las injusticias, violencias y agravios y el dinero” (Eclesiástico 10, 8) y que Dios “hace alternar años y estaciones, destrona y entroniza a los reyes, da sabiduría a los sabios” (Daniel 2, 21), de modo que los gobernantes ejercen un poder vicario; “Por mí reinan los reyes y los gobernantes administran justicia” (Proverbios 8,15) cuya legitimidad se encuentra únicamente es ser elegidos por la Providencia; “No tendrías poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo Alto” (Juan 19, 11).

Sobre tal idea subyace la creencia de que la Divinidad rige el destino de los hombres y decide también la suerte de los pueblos premiando sus méritos. De alguna manera, los cronistas de la época que acudían a la Historia Sagrada para apropiarse de ella, no hacían más que reinventar su historia nacional con fines propagandistas o hagiográficos para legitimar las pretensiones hegemónicas de una dinastía o linaje gobernante. Este fenómeno es especialmente perceptible en la Europa del siglo XIII. Varias crónicas tratarán de legitimar dinastías y casas nobiliarias para reforzar su prestigio. Así, Wauchier de Reñán recibe el encargo de Roger IV de redactar una historia que enlace el Génesis, la antigüedad veterotestamentaria, Grecia, Roma y concluya con la historia de Francia. Se pretende entroncar el linaje de la aristocracia francesa con la de Troya e incluso más atrás. La *translatio imperii* servirá, en definitiva, para realzar y dar lustre a una dinastía. En el mismo sentido será redactada una *Historia Regum Britannie* por Godofredo de Monmouth (fallecido en 1155) cuya finalidad esencial radicaba también en legitimar políticamente a los monarcas bretones recreando una genealogía aristocrática que los emparentaba con la antigua Roma y aun con Troya.

---

<sup>23</sup> Vid. Goetz, W., *Translatio Imperii*, Tübingen, 1958, pp 117-124, y Cilento, V., “Il mito medievale della translatio studii”, *Filologia e letteratura* 12 (1966), pp. 1-15. Las implicaciones políticas y culturales de esa corriente que arranca de los asesores de Carlomagno, son ejemplarmente expuestas por Koschaker, Paul, *Europa y el derecho romano*, Madrid, 1955, pp. 43-62. Igualmente magistrales son las páginas dedicada al tema por García Pelayo, Manuel, *Los Mitos Políticos*, Madrid, 1981, pp. 111-151.

<sup>24</sup> Vid. el esclarecedor trabajo de Guénon, R., *Formas Tradicionales y Ciclos Cósmicos*, Valencia, 2007.



En España el tema de la *translatio studii* fue recogido por numerosos autores. Aparece en la *Chronica Najerensis*<sup>25</sup> que narra una historia universal desde los acontecimientos bíblicos, la antigüedad clásica, la Hispania visigoda hasta entroncar con los reinos de Castilla y León. Será utilizada como fuente en la *General Estoria* de Alfonso X<sup>26</sup>. Allí se insiste en que el origen del saber procede de la revelación divina pero, para no tomar partido sobre la autoría de las inscripciones columnarias, se atribuye a varios personajes en función de su especialidad técnica: “destos linages de Seth cuanta Iosepho (1,3) que ovieron ell ensennamiento de las cosas celestiales, de la astrología e de los otros saberes liberales e de Dios” (I, p. 20 b). Para que no se perdieran “los que descendieron de Seth” grabaron tales saberes en columnas de piedra y de ladrillo para perdurar tras la destrucción por el agua o el fuego profetizado por Adán. Así, “el saber de las estrellas e de todo el cielo e de todos los saberes liberales, e del saber de la física, que es el saber que ensennan las naturas de las cosas, e de la methafísica, que es el saber otrossi que muestra connoscer a Dios... fueron saberes que los de Seth escrivieron en aquellos pilares de ladrillos y de piedras” (I, p. 21 a). Por su parte, Jubal, descendiente de Cain “falló primeramente la maestría de la música” (I, p. 13 a) y la compendió también en columnas y “puede seer que los de Caym fizieron sus pilares pora escribir ý sus saberes” (I, p. 21 b), “de las artes que dizen mechanicas” (I, p. 14 b)<sup>27</sup>. Por su parte Cam, que luego cambió el “nombre, e diziénle Zoroastres”, se consagró a las disciplinas liberales “e assumó las reglas dellas” volvió a entallar las siete artes en columnas de ladrillo y de cobre “porque no se perdiessen en poco tiempo los saberes que él avie fallados con mucho e luengo estudio” (I, p. 79). En Caldea estudió y enseñó Abraham, aunque hubo de emigrar a Egipto, donde fundó “escuelas de los saberes que diximos del arte de la astrologia e de la arismética e de la geometría... que de entonces aprendieron los dallí las artes liberales” (I, p. 110-111). De Egipto, los saberes “vinieron a los griegos” (I, p. 111 a) quienes los perfeccionaron hasta que “Roma o los romanos... quisieron aver de los griegos aquellos siete saberes e oviéronlos ende”, de modo que la *translatio scientiae* siguió un recorrido concreto; “estos saberes primero fueron a Caldea que en otro lugar, e dallí los ovieron los de Egipto, e de Egipto vinieron a los griegos, e de los griegos a los de Roma, e de Roma, a Africa o a Francia” (I, p. 111 a).

Por supuesto, que los cronistas, hagiógrafos y demás intelectuales españoles de la época, al describir la transmisión de los saberes en su migración desde Oriente a Occidente, rivalizaban con Francia y otros países en considerarse depositarios últimos de esa *translatio* coincidiendo con el esplendor de las cortes de Alfonso X o los Reyes Católicos. El mismo Antonio de Lebrija recoge esta idea en su *Gramática* de la lengua castellana (1492) para explicar que de Abraham, la ciencia pasó a Moisés, floreciendo luego en Salomón. De los judíos, la hegemonía cultural pasó a los griegos (Homero, Hesíodo...) y de allí pasó a la Roma de Cicerón, Lucrecio, Virgilio, Horacio, Ovidio, etc.. Esta *translatio studii* que arranca desde Adán y sobrevivió gracias a las tantas veces citadas columnas prediluviales,

<sup>25</sup> *Crónica najerense*, Ubieta Arteta, A. (ed.), Zaragoza, 1985. Hay una relativamente reciente traducción al castellano en la colección de *Clásicos Latinos Medievales y Renacentistas*, Madrid, 2003.

<sup>26</sup> Hay varias ediciones; manejamos la publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1957.

<sup>27</sup> Vid. Lida de Malkiel, M. R., “Las infancias de Moisés y otros tres estudios. En torno al influjo de Josefo en la literatura española”, *Romance Philology* 23 (1969-1970), pp. 424-426. Y Rico, F., *Alfonso el sabio y la General Estoria*, Barcelona, 1972, pp. 156-165. No obstante, la especialista en esta obra es Fernández-Ordóñez, I., “El taller historiográfico alfonsí. La Estoria de España y la General Estoria en el marco de las obras promovidas por Alfonso el Sabio”, *El Scriptorium alfonsí: de los Libros de Astrología a las “Cantigas de Santa María”*, eds. Montoya Martínez, J. y Domínguez Rodríguez, A., Madrid, 1999, pp. 105-126. De la misma autora, “La transmisión textual de la Estoria de España y de las principales Crónicas de ellas derivadas”, *Alfonso X el Sabio y las Crónicas de España*, ed. Fernández-Ordóñez, Inés, Valladolid, 2000, pp. 219-260.

estuvo acompañada, con el tiempo, por una *translatio imperii*; de los reyes David y Salomón pasó a monarcas griegos como Alejandro Magno y de éste a romanos como Julio Cesar y Augusto hasta llegar a la España de los Reyes Católicos.

#### 4. Las inscripciones columnarias y las siete Artes liberales

Como ya hemos comentado, Remigio de Auxerre<sup>28</sup> introduce la novedosa teoría de que las inscripciones columnarias contenían las siete artes liberales. Procede, pues, efectuar unas breves consideraciones sobre este asunto.

Para algunos pensadores grecolatinos, las *artes liberales* procedían de Zeus-Júpiter. Para los autores judeocristianos, procedían de Moisés o de caldea, de donde fueron trasladadas a Egipto (*Hechos de los Apóstoles*, VII, 22). Los antiguos consideraban a Hippias, contemporáneo de Sócrates, como fundador de la enseñanza basada en las artes liberales. La *Epístola LXXXVIII* de Séneca sobre las *artes liberales* y los *studia liberalia* da cuenta de este clásico sistema. Cassiodoro, en sus *Institutiones diuinarum et saecularium litterarum* dice que el germen de las *artes* existía desde el principio en la Sabiduría Divina y en la Sagrada Escritura, y que de ahí lo tomaron los maestros de las ciencias profanas hasta que “su sonido se esparció por toda la tierra” (Salmo XVIII, 5).

El nombre de “liberales” tenía varias explicaciones. Son liberales porque no atienden al lucro, pero también por ser dignas del hombre libre. Para Juan Dacio (o de Dinamarca), Donato o Remigio de Auxerre son artes liberales porque liberan a los maestros y a los alumnos “ab exactionibus et tributis principum”<sup>29</sup> y, sobre todo, porque liberan al hombre de la ignorancia. En suma, se trata de saberes propios de hombres libres, no de siervos. En la Edad Media, las “artes liberales” recibían ese nombre porque quienes las cultivaban gozaban de franquicias y privilegios económicos. Esta es la explicación que recoge la *General Storia* de Alfonso X: “Donat, e otro con el, por dos razones; la una, porque nom los avie a oyr sinon ombre libre, que non fuese siervo, nin omne que visquiesse por mester; la otra, porque aquellos que los oyen, que avien a seer libres de todo cuydado e de toda premia que les otre fiziesse” (I, p. 193 b). Por eso se contraponían a las artes manuales (*artes mechanicae*) como propias de trabajadores sometidos a tributos. Precisamente por esta protección y exención tributaria dispensada por los monarcas, las artes liberales fueron también denominadas “Arte Real”<sup>30</sup>.

Por otra parte, las artes liberales son siete como siete acabaron siendo las Musas cuya inspiración, precisa Cicerón, favorece la vida humanística “*cum Musis, id est, cum humanitate et doctrina*” (*Tusculanas*, V, XXIII, 66). Y aunque el número y caracteres de cada una de las Musas eran distintos en Hesíodo, Homero, Empédocles o Teócrito, finalmente alcanzaron una identidad específica con carácter general. Una de las obras más importantes sobre las artes liberales fue *De nuptiis Philologiae et Mercurii* (“Bodas de la Filosofía y Mercurio”), de Marciano Capela (escrita entre 410 y 439). También San Isidoro en *Etimologías* I, 2-3 se extendió sobre las siete liberales: gramática, retórica, dialéctica, aritmética, música, geometría y astronomía. Pero fue Boecio quien dio a las cuatro últimas

<sup>28</sup> De Auxerre, R., “In Donati arte maiorem”, ed. H. Hagen, *Anecdota Helvetica*, Leipzig, 1870, p. 221.

<sup>29</sup> Dacio, Juan, *Opera*, I, Hauniae, 1955, p. 42.

<sup>30</sup> Por ejemplo, en De Chartres, Thierry: vid. Jeuneau, E., “Le prologus in Eptatheucon de Thierry de Chartres”, *Medieval Studies* 26 (1954), pp. 171-175.

artes (las artes matemáticas) el nombre común de *quadruuium* (“cuatro vías”), siendo las tres primeras el *triuuium* (“tres vías”). Con todo, conviene precisar que ni la teología ni la filosofía aparecen reconocidas como tales en esos siete saberes.

Durante los siglos XII y XIII, el problema de la división y jerarquía de los saberes fue objeto de agrias disputas. La tradición grecolatina, enriquecida por la árabe, había distinguido tres esquemas básicos: el de las “siete artes liberales” (frente a las “*artes mechanicae*”), el esquema aristotélico que distinguía entre lógica, filosofía teórica (física, matemática, metafísica y teología) y filosofía práctica (ética, política, economía) y, en tercer lugar, el esquema elaborado por estoicos y neoplatónicos que distinguía entre filosofía racional (lógica), filosofía natural (física) y filosofía moral (ética). Las Universidades consolidaron la división de los saberes en siete artes liberales agrupados, a su vez, en *triuuium* y *quadriuium*<sup>31</sup>.

Sin embargo, el centro de estas controversias se refería a cual debía ser el más adecuado *método* que había de regir el estudio de las Artes y, por tanto, cuál de las siete Artes había de ser el fundamento de las demás ostentando la primacía. Sin embargo, fue una ciencia ajena a este esquema, la teología, particularmente de tradición escolástica, la que, arropada por la dialéctica, armonizará los saberes conforme al principio *reductio artium ad theologiam*. La Iglesia medieval estimaba que la teología había de ser la clave de bóveda que cerraba y de la que pendían todas las Artes (*triuuium* y *quadriuium*). Y dentro del *triuuium* (gramática, dialéctica y retórica), tanto la retórica como la dialéctica pugnaban por la primacía del método dado que la gramática era una mera iniciación a los estudios. Los escolásticos habían decidido que fuese la dialéctica o lógica dado que, por su carácter instrumental, servía para proporcionar el fundamento a cualquier saber, especialmente a la filosofía, la metafísica y la teología. Sin embargo, la lógica como instrumento de la teología entró en crisis cuando Guillermo de Ockham en su *De interpretatione* (16<sup>a</sup>, 3-8), reaccionando contra el abuso de la especulación y la dogmática de los escolásticos, la concebirá como una ciencia puramente formal (nominalista) que solo había de tomar en cuenta aquellas cuestiones que pudieran ser probadas racional y lógicamente. Por tanto, esta *logica modernorum* daba pie para dejar de lado las cuestiones teológicas basadas en la fe o la revelación. Los teólogos se afanaron en encontrar un nuevo paradigma que resolviera el predominio de la lógica. Como parecía ya imposible una *reductio artium ad theologiam* por medio de la *scientia*, recurrieron a la retórica entendida como *eloquentia*, es decir, como suma de saberes humanísticos. Ahora se trataba de una *reductio artium ad studia humanitatis* por medio de la retórica. De esta manera, las Artes en general y la teología en particular, se decantaban por el *modus rethoricus* frente al *modus logicalis*. Petrarca, Lorenzo Valla y otros intelectuales de la época reaccionaron contra la lógica, tanto en su tradicional versión escolástica como la nominalista, propugnando la retórica como método más adecuado de estudiar las Artes o *studia humanitatis*.

Pero de manera paralela, en otros ámbitos socioculturales, la dialéctica estaba siendo sustituida por la geometría. En efecto, aunque inicialmente los *saberes traslaticios* consistían en la “ciencia de los cuerpos celestes” (¿astronomía?), más tarde unos saberes genéricos o las artes y finalmente, las siete artes liberales, sin embargo a partir del siglo XIV, se constata un interés cierto por cifrar tales saberes en la geometría. Como veremos seguidamente, estas disputas sobre la primacía de la lógica o de la teología entre las siete Artes liberales encontraron eco y prolongación entre los constructores, maestros de obra o

<sup>31</sup> Vid. Weisheipl, J-A., “Clasificación de the Sciences in Medieval Thought”, *Medieval Studies* 27 (1965), pp. 54-90; Ynduráin, D., *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, 1994, pp. 62 ss.

arquitectos medievales y masones modernos. Para ellos, la cúspide de tales saberes había de descansar en la arquitectura. Pero como la arquitectura formaba parte de las llamadas *artes mecánicas* (así, por ejemplo, en *Didascalión* escrito en la primera mitad del siglo XII por Hugo de San Víctor), los constructores la integrarán en la Geometría para entroncar con las siete artes liberales. Solo desde esta discusión medieval sobre cuál debe ser la primera y más importante de las siete artes liberales, se explica la toma de partido de determinados textos de la denominada tradición masónica o constructiva como los manuscritos *Regius*, *Cooke* o *Gran Lodge* nº 1, y su empeño en demostrar que tal hegemonía debe corresponder a la Geometría. Pero además, tales textos recogen y adaptan de manera harto singular los diversos temas que hemos ido explicando anteriormente; singularmente el de las dos columnas prediluviales del saber y la *translatio scientiae*. Veámoslo con más detalle.

### 5. La recepción de los temas legendarios en la tradición masónica

Podemos suponer que la recepción de ciertos temas legendarios por parte de los textos más antiguos de la denominada masonería operativa anglosajona<sup>32</sup> como el manuscrito *Regius* del año 1390, el manuscrito *Cooke* redactado entre los años 1410 a 1420, el manuscrito *Grand Lodge* nº 1 del año 1583, etc. responde a esta búsqueda de antecedentes prestigiosos del oficio para legitimar el reconocimiento social del maestro de obras o arquitecto medieval. De ahí la mención, entre otros, a Jubal, Tubalcain, Enoch, Noé, Abraham, Euclides, y a reyes como David, Salomón, Athelstan (Piedra Antigua), Edwin o Carlos Martel como ejemplos de constructores o protectores del oficio. Es significativo que tales textos recojan la mayor parte de sus referencias históricas de crónicas de la época como, por ejemplo, la del citado Geoffroy de Monmouth (fallecido en 1155), titulada *Historias de los reyes de Bretaña*, que pretendía emparentar a los reyes bretones con la antigua Roma y Troya. Empleando similares procedimientos, tales textos masónicos adoptarán un parecido método tanto para prestigiar sus orígenes presentando una relación cronológica de reyes, santos y personajes ilustres que habían sido masones o protectores del oficio como para, a la vez, presentar al masón como parte integrante de la aristocracia política, espiritual e intelectual de la época.

Con todo, la característica más interesante o definitoria de tales textos masónicos no es ésta, sino más bien, el peculiar uso de ciertos temas o episodios *míticos* (empleando la palabra Mito en el sentido de *Historia Sagrada*) relativos a la historia de la construcción a los que, ya desde antiguo, se les atribuía un profundo significado simbólico.

El primero de tales textos, el denominado manuscrito *Regius*, es un poema escrito en torno al año 1390 por un clérigo, probablemente un diácono (verso 660) cuya fuente principal, además de la Biblia, fueron las *Antigüedades judías* de Flavio Josefo. Con el fin de demostrar los orígenes tradicionales de la ciencia o arte de la Geometría practicado en Inglaterra, afirma que el arte gótico fue importado de la Francia del siglo XII, aunque este tomó su inspiración del templo de Salomón, el cual, a su vez, se inspiraba en los templos egipcios. Igualmente, el manuscrito invoca la autoridad de San Pablo para recordar que “Moisés fue enseñado en toda la sabiduría de los egipcios” (*Hechos de los Apóstoles* 7,22). Pero la ciencia o arte de la Geometría no fue llevado a la tierra de los faraones por Abraham, sino por Euclides; “Así fundó el clérigo Euclides, este oficio de la Geometría en

---

<sup>32</sup> Una recopilación de tales textos puede consultarse en Langlet, P. (recop.), *Les textes fondateurs de la franc-maçonnerie*, Paris, 2006, con la versión original inglesa y traducción francesa. Y también en Negrier, P. (recop.), *Textes fondateurs de la tradition maçonnique, 1390-1760*, Paris, 1995.

tierras de Egipto”. En suma, dicho Arte pasó por muchos países hasta que llegó a Inglaterra, concretamente, “Este oficio llegó a Inglaterra, como os he dicho, en los días del buen Rey Adelstonus” (vieja piedra).

Concluido el itinerario de la *translatio scientiae*, el manuscrito *Regius* (versos 582-607) invoca la autoridad de Euclides y de Vitrubio para legitimar el predominio de la Geometría sobre las otras seis artes liberales: “el buen clérigo Euclides, el oficio de la Geometría enseñó por el mundo... las siete ciencias fundó” de manera que aunque la “Gramática es la primera” y la “Geometría la séptima, y cierra la lista”, “la Geometría es la ciencia séptima, y distingue la verdad de la mentira”. Además, es una ciencia noble y digna porque fue inventada por sacerdotes: “concebido por todos estos clérigos; gracias a sus oraciones ellos inventaron la Geometría. Y le dieron el nombre de Masonería al más honrado de todos los oficios”.

Otro de los manuscritos ingleses de la tradición constructiva es el denominado *Cooke*<sup>33</sup>. Allí se recoge la leyenda de las dos columnas asociada a la antigua creencia de que Dios castiga la soberbia y decadencia moral del hombre enviando cataclismos alternantes de agua y fuego de modo que para evitar que, tras uno de ellos, se pudieran perder “todas las Ciencias y las Artes”, Jobal “el primer fundador de la Geometría y de la Construcción”, construyó dos columnas en las que grabó todo ese conocimiento. Concretamente, “como sabían que Dios se vengaría del pecado, o con el fuego o con el agua, pusieron el mayor cuidado para salvar las Ciencias que habían encontrado, y se aconsejaron entre ellos; y, gracias a su ingenio, se dijeron que había dos tipos de piedra de tal cualidad que la primera jamás podía ser quemada, y esta piedra es llamada mármol, y que la otra piedra no podía ser hundida, y esta piedra era llamada ladrillo. Y por ello idearon escribir todas las ciencias que habían encontrado en estas dos piedras, de manera que si Dios se vengaba con el fuego el mármol no fuera quemado, y si Dios se vengaba con el agua la otra piedra no se hundiera. Y por ello rogaron al hermano mayor de Jobal que construyera dos columnas con estas dos piedras, esto es, mármol y ladrillo, y que esculpiera en los dos pilares todas las Ciencias y las Artes que habían hallado. Y así se hizo” (versos 255-284).

¿De dónde toma el manuscrito *Cooke* la leyenda de las dos columnas? El propio manuscrito nos indica que recoge tal tema de una crónica titulada *Polychronicum* escrita por Ranulf Higden, monje benedictino inglés fallecido en 1364 en la abadía de Saint-Werburg. Aunque, en última instancia, el *Polychronicum* recibe la leyenda de las dos columnas de las *Antigüedades Judías* de Flavio Josefo, el hecho de que el anónimo autor del manuscrito *Cooke* prefiera atribuir el origen de tema a Ranulf Higden en vez de a Flavio Josefo probablemente se debió a que la condición de monje de aquel contribuiría a presentar la leyenda con mayores visos de verosimilitud y conformidad con la ortodoxia cristiana<sup>34</sup>.

Siguiendo la citada fuente, también menciona que, tras el diluvio, una de las columnas fue encontrada por Pitágoras y la otra por Hermes: “estas dos columnas fueron halladas y, como dice el *Polycronicón*, un gran doctor llamado Pitágoras encontró una, y Hermes, el filósofo, encontró la otra”. Pero, a su vez, el dato de que una columna había sido

<sup>33</sup> El Manuscrito, custodiado en el *British Museum*, debe su nombre a su primer editor, Cooke, Matthew, *History and articles of Masonry*, Londres, 1861, pp 46-49.

<sup>34</sup> Dicho sea de paso, las citas de obras y autores como Diodoro de Sicilia, Proclo, Flavio Josefo, Filón de Alejandría, Porfirio, San Isidoro de Sevilla, Cappela, etc., prueban que los redactores de este y otros manuscritos poseían una notable formación literaria y que, por tanto, no existía oposición entre el oficio artesanal y el intelectual.

descifrada por Pitágoras procede de la “Vida de Pitágoras” escrita a fines del siglo III por Porfirio, quien también menciona las siete ciencias que el manuscrito *Cooke* retoma e identifica con las siete artes liberales. Por su parte, la atribución del descubrimiento de la otra columna a Hermes podría proceder de la mención que hace Diodoro de Sicilia en su *Biblioteca Histórica* (1, 27) a dicho personaje como el autor de inscripciones de las antiguas estelas egipcias. Bien es verdad que dicho manuscrito *Cooke* rebaja el papel de Hermes a mero descubridor y no a su autor tal y como hacen Diodoro de Sicilia, los autores grecolatinos y el *Corpus Hermeticum*. Seguidamente, el manuscrito *Cooke*, utilizando los datos de las obras de Filón de Alejandría (20 a.c. – 45 d.c.), probablemente su “*De congressu eruditionis gratia*” (1-19) y las *Antigüedades Judías* (1, 7-8) de Flavio Josefo, explica que Abraham enseñó aritmética y astrología a los egipcios y aceptó como discípulo al sabio Euclides: “Abraham, como dice la Crónica, era un hombre sabio y un gran Doctor y conocía las siete Ciencias y enseñó a los egipcios la Ciencia de la Geometría. Y este digno Sabio Euclides fue su alumno y aprendió de él”. Igualmente, recurre a las *Etimologiae* (3,10) de San Isidoro de Sevilla para explicar tanto el significado de la palabra “geometría” como *medida de la tierra*, como su origen histórico a partir de la costumbre egipcia de dividir la tierra en lotes cuando las tierras se inundaban de limo tras la crecida del Nilo. No obstante, el manuscrito *Cooke* añade una mención a Euclides que no aparece en las *Etimologías* del obispo hispalense pero sí en la *Introducción a los elementos de Euclides* escrita por Proclo (412-485).

La *translatio studii* o, más bien, la *translatio scientiae* discurre, según el citado manuscrito *Cooke*, como sigue: “está escrito en la Biblia, Génesis, capítulo X, que Cam, hijo de Noé, generó a Nimrod, y que... inició la construcción de la Torre de Babilonia, y enseñó a sus obreros el Arte de la medida, y tenía muchos constructores” hasta el extremo de enviarlos a otros reinos para ayudar a la construcción de ciudades. De entre ellos destacaba Abraham, quien, debido a la hambruna que padecían aquellas “marchó hacia Egipto en peregrinación”. Posteriormente, cuando los descendientes de Abraham “fueron conducidos fuera de Egipto, llegaron a la Tierra de Behest, que ahora se llama Jerusalén. Y el Rey David inició la construcción del Templo de Salomón”. Tales referencias al templo están tomadas del Antiguo Testamento y de otros textos medievales entre los que el más conocido quizá fuese *De Tabernáculo* y *De Templo* escritos por Beda el Venerable en torno a los años 725 y 729. Posteriormente tuvo lugar la *translatio scientiae* hacia Europa: “Y de allí (Jerusalén) esta importante ciencia fue llevada a Francia y a otras Regiones” (verso 575) bajo la protección de monarcas franceses como Carlos Martel o ingleses como Athelstan y su hijo.

Sobre el contenido de las inscripciones columnarias y el valor de la geometría, el manuscrito *Cooke* explica que “hay siete Ciencias Liberales” y “de estas siete primeras derivan todas las Ciencias y Artes del Mundo, y especialmente... la Ciencia de la Geometría, es el origen de todas... Nuestro principal fin consiste en tratar del primer fundamento de la excelente Ciencia de la Geometría, y de quiénes fueron sus fundadores; como dije al principio, hay siete Ciencias Liberales, es decir, siete Ciencias o Artes que son libres en sí mismas, las cuales siete viven solamente por medio de la Geometría”. Dicho manuscrito explicita algunas de sus fuentes; “el Arte de la construcción tiene la mayor importancia y la mayor parte en la Ciencia de la Geometría, como está escrito y dicho en la *Storia*, en la *Biblia*, en el *Polycronicon*, una crónica ilustrada, y en la *Historia* de Beda, en *De Immagine Mundi* y en el *Ethimologiarum* de Isidoro, en Metodio, obispo y mártir, y en muchos otros; digo que la Masonería es el principal [Arte] de la Geometría, como pienso que bien puede decirse, porque fue la primera en ser creada; como se dice en la *Biblia*, en el

libro I del Génesis, capítulo 4” dado que Caín “edificó una ciudad” que llamó Enoc, como a su hijo, debiéndose basar en conocimientos geométricos. Pero, en otra parte, matiza que “Jubal fue el primer fundador de la Geometría y de la Construcción y construyó casas y es llamado en la Biblia pater habitantium in tentoriis atque pastorum, es decir, padre de los hombres que viven en tiendas, o sea, en casas”.

Otro de los manuscritos denominado *Gran Lodge* nº 1<sup>35</sup>, cuya data se sitúa poco antes de 1583, tras mencionar que los cuatro hijos de Lamech “inventaron todos los oficios que hay en el mundo”<sup>36</sup>, añade que escribieron todos los conocimientos “en dos pilares de piedra de manera que se los pudiera encontrar después del diluvio de Noé. Una de las dos piedras era de mármol, a fin de que resistiera el fuego; y la otra piedra era de lo que se llama ladrillo, a fin de que resistiera al agua” (VI). Tras el Diluvio, los dos pilares fueron encontrados por Hermes, bisnieto de Noé, garantizando la *translatio scientiae* a través de una cadena que incluye a los masones enviados por el rey Nemrod a su primo el rey de Nínive y el viaje de Abraham para mostrar las siete Artes a los egipcios y formar a discípulos como Euclides, quien enseñó el Arte a los hijos de la nobleza egipcia. Más fiel al relato bíblico, el manuscrito añade que, tras la salida de Egipto, los israelitas llegaron a la Tierra prometida de modo que, tiempo después, gran número de maestros masones fueron contratados por los reyes David y Salomón para construir el Templo de Jerusalén a las órdenes del maestro Aynon (Hiram). Al igual que otros textos, se explica que uno de tales maestros de obras llamado Naymus Grecus (“el de nombre griego”) llegó a Francia en donde fue acogido por el rey Carlos Martel “y allí enseñó el arte de la masonería a los hombres de Francia” (XIV), pasando luego a Inglaterra.

La *translatio studii* sigue una cadena ininterrumpida que va de Adán, Seth y su descendencia hasta Abraham; de allí a los egipcios, Euclides, David y Salomón, en cuya construcción de Templo trabajaron Hiram Abí y Naymus Graecus, quien llevo los secretos del arte real a la Francia del rey Carlos Martel, de donde cruzaron el estrecho hasta las islas británicas.

Respecto a las inscripciones y primacía de la geometría, el manuscrito *Gran Lodge* nº 1 insiste también en que las siete Artes liberales se basan en la Geometría: “estas siete se basan todas en un arte que es la geometría. El hombre puede probar que todas las artes del mundo se fundan en la geometría. Pues la geometría ha enseñado al hombre la medida, la ponderación y los pesos de toda clase de cosas sobre la tierra. Por otra parte, no hay ningún hombre que no haya cumplido cualquier oficio sin obrar con ayuda de alguna medida o instrumento de medida; y tampoco ningún hombre que no haya comprado o vendido sin medir ni pesar, y todo ello es geometría”. Y más adelante añade que “Estas siete artes están contenidas bajo geometría, pues ésta enseña medida y mensura, ponderación y peso para cada cosa en y sobre toda la tierra, como usted sabe; que cada hombre de oficio, trabaja por la medida. Armadores, navegantes, cultivadores y todos ellos usan geometría; pues ni la

<sup>35</sup> Publicado por Mcleod, W., “A lost manuscript reconstructed: the ancestor of one branch of the Old Charges”, *Ars Quatuor Coronatorum*, Londres, 92 (1982), pp. 16-21.

<sup>36</sup> “Este Lamech tenía dos esposas, una se llamaba Ada y la otra Sella. De su primera esposa Ada tuvo dos hijos, uno llamado Jabel y el otro Jubal. De la otra esposa, Sella, tuvo un hijo y una hija. Estos cuatro niños inventaron todos los oficios que hay en el mundo. El hijo mayor Jabel fundó el oficio de geometría dividiendo los rebaños de corderos y los terrenos en los campos, y el primero que construyó una casa de piedra y de madera, así como se halla mencionado en dicho capítulo. Su hermano Jubal fundó el oficio de músico, el canto vocal (e instrumental), sea con el arpa o con el órgano. El tercer hermano, Tubalcaín, fundó el oficio de herrero, (que trabaja) el oro, la plata, el cobre, el hierro y el acero. En cuanto a la hija, fundó el oficio del tejido”.

gramática, lógica ni ninguna de las dichas ciencias, pueden subsistir sin geometría; ergo, muy digna y honorable”.

Otros manuscritos, como los denominados *Iñigo Jones* (circa 1607) o *Dumfries* n° 4<sup>37</sup> (circa 1710), recogen los mismos temas y repiten una semejante secuencia pues no en vano el primero es una copia casi literal del manuscrito *Gran Lodge* n° 1, y el segundo es una adaptación de los manuscritos *Regius* y *Cooke*.

Por su parte, las Constituciones de Anderson<sup>38</sup> (1723), considerado el texto fundacional de la masonería moderna o especulativa que viene a ser una recapitulación de antiguos textos masónicos, contiene todos los temas ya citados. Menciona que Adán tenía “escritas en su corazón las artes liberales, particularmente la geometría”, puesto que ésta es “el fundamento de todas las artes y especialmente de la arquitectura y de la masonería”. Sigue la *translatio scientiae* a través de Caín, que edificó la ciudad de Enoc (Génesis 4, 17) y de su hermano Seth, Noé, la torre de Babel y la ciudad de Nemrod (Génesis 10, 10-12), las pirámides de Egipto, patria de Moisés quien “fue enseñado en toda la sabiduría de los egipcios” (Hechos 7, 22), Betsalel y Oholias, constructores del Tabernáculo móvil (Éxodo 35, 30-36), las dos columnas del templo de Dagon (Jueces 16, 22-30), el templo de Salomón construido por el maestro Hiram (1 Reyes 5-7), reconstruido por Ciro y Zorobabel (II Crónicas 36, 22-23). “Con el tiempo llegó el Arte Real a Grecia”, y tiempo después “de Sicilia, Grecia, Egipto y Asia aprendieron los antiguos romanos las ciencias y las artes”. En Roma confluyeron la *translatio scientiae* y la *translatio imperii*: “así fue Roma el centro del saber, al par que del poderío imperial, hasta llegar al cénit de su esplendor en el reinado de César Augusto”. Las Constituciones de Anderson invocan la autoridad de “antiguos textos masónicos” para afirmar que Carlos Martel, rey de Francia, “envió varios artífices y hábiles arquitectos a Inglaterra, a petición de los reyes sajones”, en donde se desarrolló el Arte Real. En suma, las Constituciones de Anderson invocan los descubrimientos de la crítica histórica y de la moderna arqueología para confirmar que este Arte Real se transmitió a través de una cadena ininterrumpida que, desde el jardín de Edén, Caldea, Egipto, Israel, Grecia, Roma, Francia... ha llegado providencialmente hasta Gran Bretaña. También recuerda que tales conocimientos necesarios para la construcción se denominan “Arte Real” en homenaje a los reyes que fueron protectores y patrocinadores de las grandes obras.

El episodio de las columnas antediluviales aparece en uno de los documentos publicados como anexo a las Constituciones con el título de “canto del maestro”. Allí se insiste en el origen sethita del autor de las dos columnas que garantizaban la supervivencia del conocimiento humano; “el piadoso Enoch, de la estirpe de Seth, erigió con potente habilidad dos columnas”<sup>39</sup>. Pero también se enfatiza el linaje sethita de Noé como garante de la supervivencia biológica de la Humanidad; “Noé, el noveno descendiente de Seth”.

Salvo cuestiones de confesionalidad, en líneas generales, nada hay apenas en las Constituciones redactadas por Anderson que suponga una novedad respecto a los textos masónicos anteriores. Con todo, una de las nuevas formulaciones del texto consiste en

<sup>37</sup> “Todas las siete ciencias se fundan en la geometría, de lo cual concluimos que esta excelentísima ciencia da apoyo y ayuda a las restantes; o sea que no hay nadie que, en un oficio, no trabaje mediante una medida y no dependa enteramente de la geometría”, Langlet, P. (recop.), *Les textes fondateurs de la franc-maçonnerie*, Paris, 2006, pp. 182-249.

<sup>38</sup> El texto de 1723 puede consultarse en Shepered, S. H., *La Constitución de 1723 proyectada por J. Anderson. Compilación de las marcas (landmarks) de la masonería*, Barcelona, 1998.

<sup>39</sup> Shepered, S. H., *La Constitución de 1723 proyectada por J. Anderson. Compilación de las marcas (landmarks) de la masonería*, Barcelona, 1998, p. 115.



asociar las artes liberales en general y la geometría en particular con un conocimiento universal e innato a todos los hombres revelado por Dios. De hecho, inspirándose en una frase del apóstol San Pablo - “la obra de la ley escrita en sus corazones” (Hechos 2, 15)-, afirmará que Adán “creado a imagen de Dios, tenía las ciencias liberales... inscritas en su corazón”. Así, las Constituciones prescriben que un franc-masón “deben evitarse totalmente las discusiones sobre religión y política, sobre nacionalidad, puesto que los masones, como antes hemos dicho, no profesan otra religión que la universal, y que pertenece a todos los pueblos, a todas las lenguas” porque Dios la ha inscrito en el corazón de todos los hombres.

¿De dónde procede esta identificación de las artes liberales con un conocimiento divino e innato a todos los hombres? A estos efectos, conviene recordar que las Constituciones fueron redactadas por el pastor calvinista escocés James Anderson (1679-1739) y por el ministro de la Iglesia anglicana Jean-Theophile Desanguliers (1683-1744) partidarios, ambos, de la reinante dinastía de Hannover. El propio Desanguliers era autor de unos ensayos sobre ciencia y filosofía natural que le valieron su ingreso en la *Royal Society* de Londres en 1714. Ciertamente, al recurrir a una religión universal o natural, se pretendían soslayar las traumáticas disputas religiosas entre católicos y protestantes que, incluso, habían desembocado en un cambio de dinastía con el consiguiente enfrentamiento entre masones hannoverianos y jacobitas que estaba socavando los cimientos la fraternidad masónica. Bien es verdad que la idea de una religión universal no era exclusiva de los ámbitos masónicos sino que se venía desarrollando desde hacía años entre los eruditos y *novatores* británicos de fin del siglo XVII y comienzos del XVIII y que habían inspirado obras como la de Thomas Spratt, obispo de Rochester, en su libro *The History of the Royal Society* (1667) o de John Toland (1670-1722) y su “Cristianismo sin misterios” (1696) o del doctor Nieuwentyt y su “Filosofía religiosa” (1718), obra que precisamente va precedida de una presentación de Desanguliers; o Matthew Tindal (1657-1733) y su “El cristianismo tan viejo como la creación o el Evangelio, nueva publicación de la religión de la naturaleza” (1730).

Sin embargo, la traducción francesa de las Constituciones de Anderson publicada en 1735 por el abad Jean Moore, jacobita y Gran Secretario de la Logia de Francia, sustituirá la expresión “religión universal” del original inglés por una mención al cristianismo. Y además, dicha versión re-cristianizada de Moore fue la utilizada en 1737 por la Gran Logia de Suecia para aclarar que “en los siglos pasados, los franc-masones estaban obligados a profesar la religión católica, pero posteriormente...”. Probablemente, como respuesta a estas versiones “cristianizadas” de Moore y de la Gran Logia de Suecia (por otra parte, más cercana a la realidad histórica de los orígenes medievales de la masonería), Anderson publicó en 1738 una nueva edición de las constituciones de 1723, coincidiendo con la transformación de la Gran Logia de Londres en Gran Logia de Inglaterra. Ahora se especificaba que “un masón está obligado por su título obedecer a la ley moral en tanto que verdadero noaquita... pues todos se articulan sobre los tres artículos de Noé”<sup>40</sup>. Aclaremos que, aunque en el capítulo 6, 1 de los *Deberes* se identificaba la religión universal con “la más antigua religión católica” (“the oldest catholic religion”), la condición de pastores protestantes de sus redactores implicaba que utilizaban la palabra *católica* en su sentido etimológico de “universal”.

De esta manera, los *saberes traslaticios*, la verdadera *scientia* que Dios había impreso en los corazones de todos los hombres, quedaba identificada con la religión prediluvial de

---

<sup>40</sup> Sobre esto vid. Negrier, P. (recop.), *Textes fondateurs de la tradition maçonnique, 1390-1760*, Paris, 1995, pp. 295-301.

Noé y, por tanto, era anterior al cristianismo histórico y a la fundación del judaísmo de Abraham (Génesis 11, 25-27). No en vano Noé es presentado en Génesis 9 y 10 como depositario de un nuevo pacto entre Dios y los hombres y como padre de la nueva humanidad. Ahora bien, ¿cuáles eran estos tres primeros artículos de la religión de Noé? En Génesis 9, 5-9 no queda claro, y Anderson tampoco los precisa, limitándose a decir que “un masón está obligado a observar la ley moral como un verdadero noaquita...”. Lo cierto es que, con tal invocación al noaquismo, aunque de un lado sentaba las bases masónicas para conciliar e integrar fraternalmente las tres religiones del libro (judía, cristiana y musulmana), sin embargo, de otra parte, también daba pie para las posteriores Bulas papales condenatorias de la masonería<sup>41</sup>, aunque tales constituciones nunca fueran incluidas en el *Index* romano.

Ante esta indefinición doctrinal de la enseñanza innata, el recurso a la Geometría simbolizaba perfectamente el proyecto universalista de la masonería dado que el lenguaje geométrico o Arte Real podía ser comprendido por cualquier “constructor” o nación con independencia de su lengua o dialecto nativo. Ahora bien, conviene no perder de vista que en estos textos masónicos, se emplea un doble lenguaje al referirse a la Geometría. Hay una Geometría en cuanto ciencia formal y material, pero también por encima de ello, hay una ciencia que permite “discernir con certeza lo verdadero de lo falso” (Ms. *Regius* v. 572). Y significativamente, dicho manuscrito medieval concluye pidiendo a Cristo “que por medio de su Gracia celeste, os dé el espíritu y el tiempo necesarios para leer bien y comprender este libro, y obtener el cielo como recompensa” (ms. *Regius* vv. 789-792). En el citado “Canto del Maestro” anexo a las Constituciones de Anderson se aclara que Adán, personificación del Hombre interior, fue creado con “Geometría impresa en su espíritu real”. Por tanto, la Geometría, como decía el hermetista y astrónomo inglés John Dee (1527-1608) “es de un más vasto alcance que la medición de planos, ya que lo que se propone es nada menos que medir la Tierra... que no se ocupa de colinas ni valles... sino que eleva el corazón por encima de los cielos por medio de hilos invisibles, al encuentro de los reflejos de la luz incomprensible”<sup>42</sup>. En esta acepción, la Geometría es más bien una *philosophia perennis*<sup>43</sup>.

## 6. En torno al simbolismo de las dos columnas de la ciencia

El texto más antiguo conservado sobre la leyenda de las dos columnas del conocimiento, el de Flavio Josefo, es bastante explícito sobre el significado e interpretación que debe darse a dicho episodio. Explica que las inscripciones en las dos columnas contenía fundamentalmente “la ciencia relativa a los cuerpos celestes y a su regulación” (*Antigüedades judías* I, 65). Por tanto, el símbolo de las dos columnas aludiría al primitivo método de orientación para determinar los ejes oeste-este y norte-sur mediante la observación del curso solar.

<sup>41</sup> Vid. el fundamentado trabajo de Ferrer Benimeli, J. A., *Masonería, Iglesia e Ilustración*, Madrid, 1976, vol. I, p. 196.

<sup>42</sup> Citado por Mazet, E., “Euclides”, *Travaux de la Loge de recherches Villard de Honnecourt*, 14 (1987), p. 65.

<sup>43</sup> El término *philosophia perennis*, acuñado en 1540 por el monje Agustín Steuco, ha tenido una interesante evolución en la cultura occidental; vid. Granada Martínez, Miguel Angel, “Agostino Steuco y la *perennis philosophia*”, *Revista de filosofía*, 8 (1994), pp. 23-38. Orio de Miguel, B., “Leibniz y la *Philosophia Perennis*”, *Estudios filosóficos* (Valladolid), vol. 36, nº 101 (enero-abril 1987), pp. 29-57.

Ciertamente, el método de orientación solar también formaba parte del rito fundacional de cualquier espacio sagrado en general y de los templos en particular. Así, por ejemplo, el antiguo Templo de Jerusalén era un edificio de planta rectangular orientado en la dirección este-oeste e inspirado en la “casa larga” o templo mesopotámico y egipcio dividido en tres espacios ordenados longitudinalmente en cuyo pórtico se levantaban dos columnas, Jakim y Boaz: “Que él erija (Jakim) esta casa” y “con poder (Boaz) expulse de estas puertas a todos sus enemigos” (I Reyes 7,21). Ahora bien, ambas columnas servían para que el sacerdote sentado en una silla colocada en el centro del lugar sagrado (hekâl) pudiera observar la variación de los puntos extremos de salida del Sol en el horizonte entre los solsticios de verano e invierno. Incluso el Mar de Bronce soportado por doce bueyes era probablemente otro objeto ritual utilizado con fines de observación astronómica que servía para determinar los ciclos litúrgicos<sup>44</sup>. Sería ocioso mencionar los innumerables ejemplos que ilustran cómo en multitud de culturas las dos columnas que servían para calcular los dos solsticios, acabaron por simbolizar los límites extremos del curso solar. La palabra *solsticio* proviene de *sol stare* precisamente porque alude al momento en que el sol alcanza el punto más elevado (verano) o bajo (invierno) de la eclíptica y parece pararse (*stare*) para luego iniciar un retroceso. Baste mencionar que en el antiguo Egipto, el eje solsticial estaba representado por los dos obeliscos erigidos en la entrada de diversos templos. En Heliópolis eran asimilados a las dos montañas míticas, Manu y Bakhu, entre las cuales se levanta el sol.

Este método de orientación solar era bastante sencillo: una vez escogido el emplazamiento, se levantaba una estaca alrededor de la cual se traza un gran círculo que servía para observar la sombra que dicha estaca proyectaba sobre el círculo. La separación máxima entre la sombra de la mañana y la de la tarde indicaba el eje este-oeste. Marcados con estacas (columnas) tales puntos, una perpendicular trazada sobre dicho eje, determinada el eje norte-sur. Hay que precisar que, para el pensamiento tradicional, dicho rito de orientación del espacio habría sido empleado por la Divinidad en el comienzo de los tiempos para ordenar el caos en cosmos por lo que, tal acto, en lo sucesivo habría devenido ejemplar (ritual) para dar origen a cualquier epifanía. Tal rito formaba parte de los conocimientos innatos, inspirados o revelados por la Divinidad a los hombres para que contribuyeran eficazmente a la ordenación o sacralización del mundo. Resultaría ocioso insistir en esta idea que se encuentra reflejada en todos los pueblos de la antigüedad: “Debemos hacer siempre lo que los Dioses han hecho” (*Satapatha Brahmana* 7, 2, 1-4) o “Como hicieron los dioses; así hacen los hombres” (*Taittiriya Brahmana* 50, 5, 9). En efecto, el hombre tradicional no se reconoce como real sino en la medida en que imita un modelo que se encuentra ya establecido desde el tiempo de los orígenes; “la mayoría de los actos que el hombre de las culturas antiguas realiza no son, en su mente, sino repetición de un gesto primordial ejecutado al principio de los tiempos por un ser divino o figura mítica. Por eso, el acto humano tiene sentido tan solo en la medida en que repite un modelo trascendente, un arquetipo”<sup>45</sup>. Precisamente, a este círculo rector primigenio se alude en la Biblia cuando hace decir a la Sabiduría: “Yo estaba presente cuando Dios dispuso los cielos y trazó un círculo sobre la faz del abismo” (Prov. 8, 27; Job 26, 10).

Plinio, Vitrubio, Festo, Frontino, Higino Gromático, entre otros, describieron este primitivo método de orientación a base de proyectar la sombra sobre un círculo que denominaban *omblijo*, a partir del cual se trazaba el eje solsticial (*decumanus*) y

<sup>44</sup> Vid. Hani, J., *Simbolismo del templo cristiano*, Palma de Mallorca, 2000, pp. 119 ss.

<sup>45</sup> Eliade, M., *El mito del eterno retorno*, Madrid, 1983, p. 34; del mismo autor, *Tratado de Historia de las religiones*, Madrid, 1981, p. 56.

equinoccial (*ordo*) y demás líneas perpendiculares. Según Higinio Gromático, “el origen del señalamiento de los límites es divino, y su práctica invariable... Nunca se trazan límites sin una referencia al orden del universo, pues los *decumani* se marcan en línea con el curso del Sol, mientras que los *cardines* siguen el eje del cielo” (*De limitibus constituendi*, 167). Como se ve, esa cruz o rosa de los vientos estaba formada por dos ejes; un eje solsticial este-oeste, solar y horizontal respecto al otro eje vertical equinoccial norte-sur, que puede denominarse eje polar. Ahora bien, en el ciclo anual, tales polos corresponden a los solsticios de invierno (polo norte en tanto que señala el punto más bajo en la trayectoria descendente del sol) y verano (polo sur que señala el punto más alto en la trayectoria ascendente del astro solar y el comienzo de su trayectoria descendente). Por tanto, los equinoccios de primavera y otoño corresponden a oriente y occidente.

Si desde antiguo, el eje solsticial, simbolizado por las dos columnas, ha representado los movimientos anuales de descenso y ascenso del sol, llevado al terreno de la alegoría zodiacal, las dos columnas o los dos solsticios, se han asociado a las dos puertas de entrada y de salida al mundo (o anillo zodiacal): la “puerta de los hombres” y la “puerta de los dioses” que corresponden, respectivamente, al solsticio de verano (Cáncer) y de invierno (Capricornio) que marcan las dos fases descendente y ascendente del ciclo solar anual. En la tradición hindú tales puertas representan respectivamente la vía de los padres o *pitriyana* (es puerta de entrada y de retorno) y la vía de los dioses o *devayana* (solo es puerta de salida definitiva) que sirven para describir el itinerario simbólico del alma según obtenga o no la salvación o liberación, y que corresponden perfectamente a los solsticios de verano e invierno. Así en *Baghavat Gita* (8, 23-26), *Chhandogya Upanishad* (4, 15, 5-6; 5, 10, 1-4), *Kaushitaki Upanishad* (1, 3), *Brihad Aranyaka Upanishad* (5, 10, 1; 6, 2, 15), etc<sup>46</sup>. Entre los griegos también se emplea el simbolismo de las puertas estelares para describir el recorrido de las almas. Aparecen ya en Homero y los pitagóricos. En su comentario a la *República* de Platón, Proclo resume las ideas del pitagórico Numecio sobre esta cuestión. También las comenta Porfirio en “*Del antro de las Ninfas*” (caps. 21 y 22). Tales puertas solsticiales de verano (Cáncer) y de invierno (Capricornio), que sirven respectivamente para entrar en la generación o para remontarse al mundo celeste, se encuentran asociadas a las columnas del héroe solar-zodiacal Heracles en cuanto que señalan los límites que el Sol no puede franquear en su movimiento y, por analogía, las fronteras que separan el caos del cosmos o mundo manifestado. Entre los romanos encontramos semejantes representaciones. Incluso existe una divinidad, Jano, que es el *ianitor* o portero que abre y cierra las puertas solsticiales (*ianuae*) del ciclo solar anual. De ahí que Jano no solo da nombre al primer mes del año (*ianuarius*) que comienza en el solsticio de invierno, sino que además sus dos festividades coinciden con los dos solsticios. Como es sabido, el cristianismo, que conoció esta creencia<sup>47</sup>, convirtió las dos fiestas solsticiales de Jano en las de los dos San Juan. De

<sup>46</sup> Para esta cuestión me remito a los insuperados trabajos de René Guenon, compilados en *Símbolos fundamentales de la Ciencia Sagrada*, Buenos Aires, 1969. Concretamente; “El zodiaco y los puntos cardinales” (pp. 87-91), “Las puertas solsticiales” (pp. 201-205), “El simbolismo del zodiaco entre los pitagóricos” (pp. 206-210), “El simbolismo solsticial de Jano” (pp. 211-214), “Acerca de los dos San Juan”, (pp. 215-220), entre otros.

<sup>47</sup> Así, por ejemplo, el erudito monje De Autum, Honorio, escribía en el siglo XII: “Los filósofos afirmaban que eran dos las puertas del cielo, una situada en el signo de Cáncer, por donde las almas salían, y la otra en el signo de Capricornio, a través de la cual volvían; y que cuando las almas al salir de Cáncer llegaban a Leo, comenzaban allí a descender enfrente de Acuario, y así caían por todos los planetas, y de ese modo se encarnaban. Tras haberse despojado del cuerpo a través del reino de Plutón, o sea, tenebroso —y precisamente se adoraba Plutón ese mes—, debían regresar, y así, en llegando a Acuario, recibían de nuevo su antigua dignidad y a través de Capricornio entraban en la componente menos luminosa de la estrella binaria” (Honorius Augustodunensis, *Sigillum beatae Mariae*, ed. Migne, J.-P., *Patrologiae cursus completus. Series latina*, Paris, 1882, 172.499).

esta manera, San Juan Evangelista (de invierno) representa el sol que crece o sonrío y San Juan Bautista (de verano) representa el sol que descende o llora. En efecto, como desde el punto de vista del ciclo anual, el solsticio de invierno señala el fin de la oscuridad y el crecimiento del día, mientras que en el solsticio de verano la horas de luz llegan al máximo y los días comienzan a ser más cortos, por eso San Juan Bautista (solsticio de verano) recurre a este simbolismo cuando se refiere a Jesucristo (nacido en el solsticio de invierno) diciendo que “conviene que El crezca, y que yo disminuya” (San Juan 3,30). El cristianismo asumió también este simbolismo al adaptar su liturgia al ciclo solar. El espacio sagrado, el templo, reproduce las alegorías tradicionales de tal manera que, al atravesar la puerta, que se sitúa al oeste representado el mundo profano o la región de los muertos, se penetra en el espacio sagrado. Así, en la medida en que se va al encuentro de la luz o el altar situado a oriente, se progresa en la “Vía de la salud” que conduce a “la tierra de los vivos”. Dicho eje oeste-este viene a ser la proyección plana traducida en coordenadas solares de otro eje vertical orientado según coordenadas polares que va del altar hacia el cielo atravesando la cúpula o el ojo del domo. Este simbolismo deja patente el itinerario del alma humana que atraviesa el umbral del templo y realiza con éxito la “vía de la salud” desde el mundo de la pluralidad y desemejanza al reino de la Unidad<sup>48</sup>.

¿Significa eso que “la ciencia relativa a los cuerpos celestes y a su regulación” inscrita en las dos columnas de las que habla Josefo y que autores posteriores identificaron con las siete artes liberales, la teología, la geometría, los saberes universales, etc. tratan de un conocimiento exclusivamente tecnológico? Desde un punto de vista meramente formal podría ser así. Ahora bien, si interpretamos el simbolismo de las dos columnas en un sentido puramente alegórico, es igualmente evidente que la asociación de las dos columnas a los límites del curso solar, es decir, al mundo fenoménico, y a las respectivas puertas solsticiales de entrada y salida del cosmos, ha servido para dar soporte a un cierto sistema de creencias y ascesis sobre el itinerario del alma tras su entrada en el mundo sensible y su más adecuada purificación para obtener una salida de la *caverna del mundo*. En este sentido, tal ciencia celeste, llámesele Teología, Arte Real, Geometría, etc. venía a ser, en última instancia, una manera de *orientar* (situarse conforme al nacimiento del sol) al alma *desnortada* mediante la consideración (*cum-sideral*), contemplación y anonadamiento ante la obra del Creador, mostrando que, a pesar de lo efímero y desvalido de la condición humana, existiría una vía o salida para recuperar las *salus* o *pax* primigenia.

## Apéndice bibliográfico

- Cilento, V., “Il mito medievale della translatio studii”, en *Filologia e letteratura*, 12 (1966), pp. 1-15.  
 Comestor, Pedro, *Historia scholastica, Liber Genesis*, cap. 24, “De inundatione et cataclismo” en PL (Migne), tomo 198, c. 1079-1084.  
 Cooke, M., *History and articles of Masonry*, Londres, 1861.  
 Curtius, E. R., *Literatura Europea y Edad Media Latina*, Madrid, 1955.  
 Dacio, J., *Opera*, I, Haunia, 1955.  
 De Auxerre, R., “In Donati arte maiorem”, ed. Hagen, H., *Anecdota Helvetica*, Leipzig, 1870.  
 Delatte, L., *Textes latins et vieux français relatifs aux Cyranides*, Liège, 1992.  
 Deutsch, G. N., *Iconographie de l'illustration de Flavius Josèphe au temps de Jean Fouquet*, Leiden, 1986.  
 Eliade, M.:  
 - *El mito del eterno retorno*, Madrid, 1983.  
 - *Tratado de Historia de las religiones*, Madrid, 1981.  
*Expositio latinitatis ad Cuimmanum*, ed. Bischoff, B. y Löfstedt, B., Turnhout, 1992.

<sup>48</sup> Sobre esta cuestión vid. Hani, J., *Simbolismo del templo cristiano*, Palma de Mallorca, 2000, pp. 75 ss.

- Expositio super Genesis*, ed. Edwards, B.U.N., Turnhout, 1999.
- Fernández-Ordóñez, I.:  
- (ed.), *Alfonso X el Sabio y las Crónicas de España*, Valladolid, 2000.  
- “El taller historiográfico alfonsí. La Estoria de España y la General Estoria en el marco de las obras promovidas por Alfonso el Sabio”, *El Scriptorium alfonsí: de los Libros de Astrología a las “Cantigas de Santa María”*, eds. Montoya Martínez, J. y Domínguez Rodríguez, A., Madrid, 1999, pp. 105-126.
- Ferrer Benimeli, J. A., *Masonería, Iglesia e Ilustración*, vol. I, Madrid, 1976.
- Fischer, Eric, *The Passing of the European Age. A Study of the Transfer of Western Civilization and its Renewal on other Continents*, Cambridge, 1943.
- Fritz, Jean-Marie, “Translatio studii et déluge. La légende des colonnes de marbre et de brique”, *Cahiers de civilisation médiévale* 47 (2004), pp. 127-151.
- García Pelayo, Manuel, *Los Mitos Políticos*, Madrid, 1981.
- Goez, W., *Translatio Imperii*, Tübingen, 1958.
- Gotifredi Viterbiensis Gesta Friderici I. et Heinrici VI. imperatorum metricè scripta*, en M.G.H. *Scriptores rerum Germanicarum in usum cholarum separata editi*, ed. Waitz, Georg, 1978.
- Granada Martínez, M. A., “Agostino Steuco y la *perennis philosophia*”, *Revista de filosofía*, 8 (1994), pp. 23-38.
- Guénon, R.,  
- *Símbolos fundamentales de la Ciencia Sagrada*, Buenos Aires, 1969.  
- *Formas Tradicionales y Ciclos Cósmicos*, Valencia, 2007.
- Hani, Jean, *Simbolismo del templo cristiano*, Palma de Mallorca, 2000.
- Honorius Augustodunensis, *Sigillum beatae Mariae*, ed. Migne, Jacques-Paul, *Patrologiae cursus completus. Series latina*, París, 1882.
- Jeuneau, E., “Le prologus in Eptatheucon de Thierry de Chartres”, *Medieval Studies*, 26 (1954), pp. 161-175.
- Jongkees, A. G., “*Translatio Studii: les avatars d’un thème médiéval*”, *Miscellanea Mediaevalia in Memoriam Jan Frederik Niermayer*, Groningen (1967), pp. 41-51.
- Josefo, Flavio, *Antigüedades Judías*, ed. Vara Donado, José, Madrid, 1970.
- Koschaker, P., *Europa y el derecho romano*, Madrid, 1955.
- Langlet, Philippe (recop.), *Les textes fondateurs de la franc-maçonnerie*, Paris, 2006.
- Lida de Malkiel, M. R., “Las infancias de Moisés y otros tres estudios. En torno al influjo de Josefo en la literatura española”, *Romance Philology* 23 (1969-1970), pp. 412-448.
- McLeod, W., “A lost manuscript reconstructed: the ancestor of one branch of the Old Charges”, *Ars Quatuor Coronatorum*, Londres, 92 (1982), pp. 16-21.
- Mozley, J. H., “The Vita Aadae”, *Journal of Theological Studies* 30 (1928-1929), pp. 121-149.
- Negrier, Patrick (recop.), *Textes fondateurs de la tradition maçonnique, 1390-1760*, Paris, 1995.
- Orio de Miguel, Bernardino, “Leibniz y la *Philosophia Perennis*”, *Estudios filosóficos* (Valladolid), vol. 36, nº 101 (enero-abril 1987), pp. 29-57.
- Otonis episcopi Frisingensis Chronica sive Historia de Duabus Civitatis*, en M.G.H. *Scriptores rerum Germanicarum in usum cholarum separata editi*, ed. Hofmeister, Adolf, 1912.
- Reinink, G. J., “Das Land Seiris (Sir) und das Volk der Serer in jüdischen und christlichen Traditionen”, *Journal for the Study of Judaism* 6 (1975), pp. 72-85.
- Shepered, S. H., *La Constitución de 1723 proyectada por J. Anderson. Compilación de las marcas (landmarks) de la masonería*, Barcelona, 1998.
- Weisheipl, J.-A., “Classification of the Sciences in Medieval Thought”, *Medieval Studies*, 27 (1965), pp. 54-90.
- Ynduráin, D., *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, 1994.